

AYLÁN (Categoría adulta)

Aylán tiene siete años, viajar desde el campamento a la ciudad-refugio española ha sido para él como desplazarse a otro planeta. Todo es excitante y desconcertantemente nuevo. A él y a su familia los han instalado en un apartamento soleado y limpio dónde los muebles sin estrenar huelen a nuevo. Lo que más le ha gustado a Aylán de la nueva casa ha sido que el retrete cuente con una cisterna que funciona. El edificio en el que malvivieron atrapados, durante el asedio de Aleppo, siempre apestaba a excrementos y orina. El niño también se regocija con el milagro que supone abrir el grifo y que brote agua limpia; él y su madre debían acarrearla, noche tras noche, en bidones desde un sucio socavón.

Un señor muy amable les enseña el apartamento. Aylán dispone de una habitación para él sólo. El señor pregunta al niño -con la ayuda de un intérprete-, cuál es su equipo de fútbol preferido. Aylán no sabe que es el fútbol. Él no salía a la calle a jugar, era muy peligroso hacerlo durante el día y exponerse al fuego de los francotiradores. Para entretenerse, Aylán y su hermana Bana contaban las detonaciones de los bombardeos de las que sabían distinguir si eran producidas por un obús o de un barril de dinamita.

Durante aquella primera noche en la casa nueva Aylán sufre pesadillas, sueña con el cuerpo desmembrado de Ibrahim, su amiguito, que no consiguió refugiarse a tiempo en el sótano durante una de los muchos *raids* aéreos con que la ciudad fue castigada. El niño se despierta y ve una sombra junto a la ventana. Sobre el alféizar deambula un gato negro, su silueta contrasta con la luna llena y blanca. Toma al animal con cuidado, el minino es dócil. El chaval despierta a su madre y le muestra su captura:

-Mátalo -le ordena. En Aleppo, acuciados por el hambre, se comían a los gatos.

-No, *habibi*, él es ahora tu amigo -responde la madre. El gato se restriega contra la mejilla de Aylán y ronronea. El niño mira a su madre con agradecimiento y sonrío.

Sísifo.